

Mestizaje cultural en la Cueva de la Virgen

Dedicado al Prof. José María Cruxent

MARÍA MATILDE SUÁREZ*

EGLEE L. ZENT

Después de ubicar la Cueva de la Virgen en el cerro de Chichiriviche, en el sureste de estado de Falcón, en la costa caribe de Venezuela y describir el ecosistema marino y las características ambientales del sitio, por ser un Refugio de Fauna Silvestre, el trabajo toma en consideración los aspectos más relevantes del comportamiento religioso del venezolano: los patronazgos de la Virgen María, el predominio de la vocación mariana en el territorio nacional, el significado de la promesa y el culto a María Lionza, la diosa pagana, que ejerce su influencia en todo el país, para explicar, partiendo de la noción de mestizaje, la presencia de un conglomerado de imágenes al interior de la cueva, que hacen del sitio un santuario sagrado, en el que determinadas raíces históricas dieron como resultado, gracias al mestizaje cultural, un encuentro armonioso de símbolos religiosos.

Ubicación

La cueva de la Virgen es una oquedad natural que se fue formando a través de los siglos con el golpe de las olas y la acción de los vientos alisios del noroeste, en una roca que geológicamente pertenece al cerro de Chichiriviche, en la costa sureste del estado de Falcón.

Adyacente al Parque Nacional Morrocoy, en las cercanías del pueblo costero de Chichiriviche, el cerro está ubicado en el Refugio de Fauna Silvestre de Cuare (Tapiquen *et al*, 2008), (Fig. 1). La entrada de la cueva está situada frente al golfete del mismo nombre. El acceso es únicamente marítimo, se le llega en peñeros y lanchas.

*Centro de Antropología, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC).

Como el suelo es rocoso y escarpado no hay carreteras, ni caminos o senderos, que permitan acceder a la cueva ni siquiera en vehículos de doble tracción o en animales de carga. Un pequeño embarcadero permite a los devotos entrar caminando al recinto.

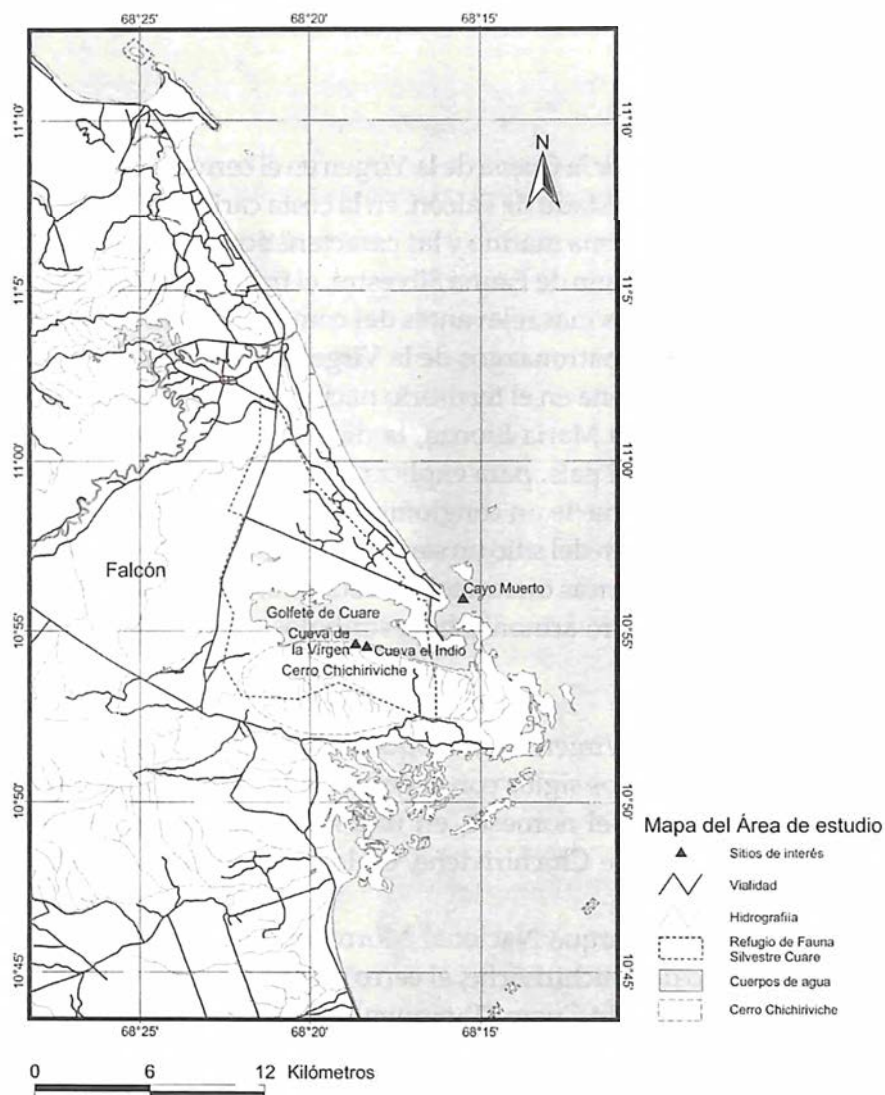


Fig. 1. Área de estudio.

La costa venezolana fue formada por procesos tectónicos que provocaron el desplazamiento de la placa del Caribe, en el Eoceno medio, hace unos 45 millones de años. En la costa occidental donde está enclavado el cerro de Chichiriviche, se produce una dinámica sedimentaria principalmente de terrígenos tales como arenas, limos y arcillas, provenientes de los ríos y quebradas que surcan los cerros. Otros sedimentos provienen de la biota calcárea, principalmente bivalvos. Estos contribuyen a formar una carga sedimentaria que es transportada por las corrientes litorales en dirección noroeste y que se deposita en playas arenosas, ambientes paludales y barras de arena. Por esa razón, uno de los rasgos morfológicos característicos del Cerro de Chichiriviche y de las adyacencias de la cueva es la presencia de lagunas, cayos y arrecifes coralinos. Es una zona, junto con la vecina localidad de Morrocoy, considerada el desarrollo coralino más importante de la costa caribe de Venezuela (Méndez Baamonde, 2007), (Fig. 1).

La vegetación en el sitio se caracteriza por la presencia de manglares con sus raíces que asemejan zancos (*Rizophorae mangle*), los cuales cohabitan con distintas especies de algas. Asimismo, es de notar el predominio de fanerógamas (*Talassia testudinum*), muy abundantes en los riscos del cerro, las cuales se han infiltrado en la cueva formando una pequeña pradera (Barreto, 1997). Estas formaciones vegetales siempre verdes son áreas de anidación y dormitorios para las 350 especies de aves marinas que han sido registradas en el Cerro de Chichiriviche y que tienen distintas categorías de vulnerabilidad (BirdLife's on line, world bird database: the site for bird conservation. Version 2.1, Cambridge, UK, BirdLife International, <http://www.birdlife.org>, 2007). Las especies de mamíferos, reptiles y una variada fauna marina, características de la zona, han sido catalogadas también bajo distintas forma de vulnerabilidad (Rodríguez y Rojas-Suárez, 2008). Lo que quiere decir que la Cueva de la Virgen está situada en un enclave protegido, para preservar y cuidar el medio ambiente. Esas condiciones ambientales, por lo demás, crean un escenario natural pleno de hermosos paisajes y de una vida animal y vegetal rica en matices.

El Cerro de Chichiriviche tiene una superficie de 1892 hectáreas, una altura máxima cercana a los 200 metros, el clima es característico del bosque seco tropical y la temperatura media anual no pasa de 26,6° C. Como es una formación rocosa de naturaleza calcárea, las aguas superficiales y subterráneas han generado importantes procesos cársticos y creado en la fachada costera infinidad de acantilados, galerías y grutas naturales: una de ellas es la Cueva de la Virgen. Ahora bien, como el drenaje de las aguas de lluvia es errante por la naturaleza calcárea de la formación geológica que tuvo su origen desde el Mioceno, el desagüe no sigue un patrón constante, es intermitente, pero fluye por los acantilados y grutas, contribuyendo aún más a la disolución indirecta del carbonato de calcio y por ende, a la erosión cárstica (Méndez Baamonde, 2007).

En consecuencia, la Cueva de la Virgen posee, gracias a ese proceso de erosión continua, infinidad de cavidades, sumideros y nichos que han sido aprovechados por los visitantes para colocar imágenes religiosas, en su gran mayoría representan las diversas advocaciones a la Virgen María y esa es la razón de su nombre. Conjuntamente con el predominio mariano de las imágenes, la devoción popular ha infiltrado imágenes de santos católicos y del culto de María Lionza, una manifestación religiosa de carácter pagano, sumamente difundida en Venezuela y que tiene un origen indígena y español, al cual se le integraron en la historia reciente, elementos africanos.

La razón para que se formara ese conglomerado heterogéneo de imágenes dentro de la cueva es la promesa. Están ahí porque han sido llevadas por una devoción popular que cumple ofrecimientos y solicita favores. A pesar de la presencia de imágenes de santos y de los pequeños altares en honor a María Lionza, la Virgen María gravita celestialmente en ese espacio que le fue dedicado, gracias a la devoción mariana, característica de la religiosidad de los venezolanos.

La devoción mariana

Venezuela en su historia y en el presente ha sido, y ahora más que nunca, sigue siendo, un país mariano. Es un hecho que la Virgen

María está arraigada en lo más profundo del sentimiento religioso a lo largo y ancho del territorio nacional. Y esto se debe, en buena medida, a que la Iglesia Católica desde la Colonia y a través de los siglos, ha mostrado particular empeño en estimular y divulgar en los más recónditos rincones, la devoción y la fe a la diversidad de advocaciones que tiene la Virgen María. Igualmente, hubo eventos históricos que fueron determinantes para que el amor por la Virgen se hiciera sentir en todos los estratos sociales. Por ejemplo, en 1725 para recibir el título de doctor en la Real y Pontificia Universidad de Caracas, los estudiantes, al hacer el juramento de ley, entre los votos que formulaban, prometían que defenderían a la Inmaculada Concepción. En 1743, cuando Valencia y Caracas iban a ser invadidas por los corsarios ingleses, y en 1766, cuando Caracas sufrió los embates de un terremoto de importantes proporciones, las suplicas de la población pidiendo ayuda y protección, estuvieron dirigidas a la Virgen María. En 1811, los dirigentes patriotas, reunidos en el Primer Congreso de Venezuela que declaró la Independencia el 5 de julio y sancionó la primera Constitución Nacional, hicieron un juramento en el que se comprometían a luchar por la emancipación de Venezuela del régimen español, y esa ocasión fue propicia para expresar también bajo juramento, que se proponían defender la religión católica y el misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen María. En 1813, el General patriota, José Félix Ribas, antes de la batalla de Los Horcones, invocó la protección de la Virgen y luego de la derrota infligida al ejército español, en muestra de agradecimiento, se puso de rodillas junto con su tropa, ante el altar de Nuestra Señora de la Paz en la ciudad de Barquisimeto. Asimismo, en 1814, el mismo General Ribas, pidió la intervención de la Virgen María Inmaculada para que le protegiera y le hizo la promesa de celebrarle una misa de acción de gracias, si lograba triunfar ante el ejército español en la defensa de la ciudad de la Victoria, en el estado de Aragua. En efecto, como sus tropas integradas en su mayor parte por jóvenes y seminaristas lograron el triunfo, el General Ribas reconoció la intervención de la Virgen, en una nota oficial de su puño y letra en la que participaba la buena nueva a los habitantes de Caracas. Para Generales ilustrísimos de la Independencia,

e incluso para el mismo Libertador Simón Bolívar, la invocación a la Virgen María pidiendo su protección, fue una práctica pública y notoria para afrontar el desafío que les imponía la guerra (García de Fleury, 2008).

En nuestros días, es evidente la presencia de la Virgen y la devoción a sus distintas advocaciones, en caseríos, pueblos y ciudades. En las iglesias, en las capillas y en los altares domésticos se le brinda culto público y privado, para honrarla y pedir su intercesión ante la gracia divina, o para pedir auxilio y consuelo en los momentos de aflicción que tienen que ver con la vida de todos los días. Madre de Dios y Madre Nuestra, es el refugio, es el resguardo, es el apoyo en las emergencias y sobre todo es la mediadora excelsa en la búsqueda de la salvación eterna.

La aceptación plena por parte de los venezolanos, de la devoción a la Virgen, es una realidad incontestable: Nuestra Señora de la Consolación, la Inmaculada Concepción, la Virgen del Socorro, Nuestra Señora de las Mercedes, la Virgen de Betania, Nuestra Señora de Belén, la Rosa Mística, Nuestra Señora del Rosario, Nuestra Señora de la Paz, Nuestra Señora de las Nieves o Nuestra Señora del Espejo, para citar algunos ejemplos, ejercen su influencia en determinadas localidades y puede asumir el sagrado rol de Patronas. En este sentido, la Virgen de Coromoto tiene una mayor cobertura porque es la Patrona de Venezuela desde su coronación por disposición del Papa Pío XII, el 11 de septiembre de 1952, en la ciudad de Guanare (Fig. 2). Al igual que buena parte de las advocaciones de la Virgen María en el territorio nacional, una leyenda que se repite en distintas variantes, refiere su origen (García de Fleury, 1996a). Cuentan que en 1651, una imagen de una mujer muy hermosa apareció ante un cacique indígena de la localidad, que se llamaba Coromoto, en una quebrada en la que ella caminaba sobre el agua con un niño en sus brazos. Esa quebrada se llamó desde ese entonces «Quebrada de la Virgen». La bella mujer le pidió al indio cacique que se bautizara, pero este se resistió, entonces las apariciones fueron más frecuentes hasta que un día el indio desesperado, intentó agarrar a la bella mujer, pero esta desapareció dejando tras sí, en la mano del indio, una pequeña imagen, muy parecida a ella, que despedía intensos rayos de luz y que representaba a la Virgen María. Al conocer la noticia, los colonizadores

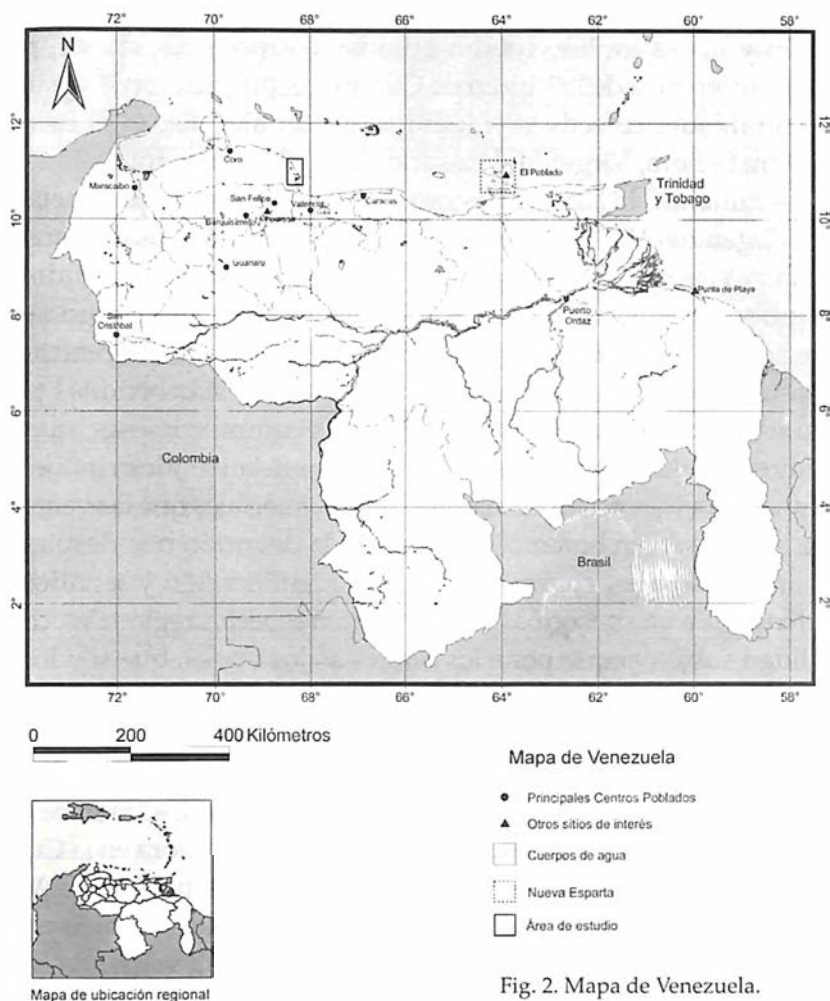


Fig. 2. Mapa de Venezuela.

españoles se apoderaron de la imagen, la colocaron en un sitio de honor y dieron comienzo a la veneración y le pusieron por nombre: Nuestra Señora de Coromoto. Este apelativo correspondía también, además del nombre del cacique, a un paraje cercano a la Quebrada de la Virgen, donde los españoles para dar lecciones de catecismo e impartir el bautismo, habían fundado un asentamiento de indios. La designación de Coromoto, para la imagen de la Virgen aparecida a un cacique indio, es un reconocimiento al origen legendario de esta advocación.

Tres advocaciones de la Virgen, enraizadas también en la tradición y la costumbre, fueron erigidas patronas regionales, pero estas a diferencia de la Virgen de Coromoto, propiciaron la creación de identidades colectivas y ámbitos territoriales. Ese es el caso de Nuestra Señora, Virgen del Rosario de la Chiquinquirá, la Patrona de los zulianos, la Divina Pastora, Patrona de los barquisimetanos y la Virgen del Valle, Patrona de los margariteños. Los devotos las llaman «Virgencitas» en las oraciones. Siempre estrenan vestidos en las procesiones en su honor, los cuales generalmente, son promesas ofrecidas por devotos que pagan favores o milagros, los retazos de las telas de sus vestuarios son reliquias, porque están benditas y son sagradas, además tienen joyas, ofrecidas como promesas, que las hermocean y las adornan. Estas tres Patronas dejan sentir su influencia bienhechora y protectora en conglomerados sociales que las veneran, que las festejan en homenajes anuales y la devoción que despiertan en sus localidades, genera símbolos de identificación y sentidos de pertenencia a un «nosotros», demarcado en espacios regionales, como realidad subjetiva que pone los límites a «los otros», que son los de afuera, los que no pertenecen a su reinado, a su hegemonía (Suárez, 2009). Por esa razón, son esenciales en la vida cotidiana, son primordiales para la persona y perdurables en la historia y la tradición.

La Virgen del Valle, Patrona de los margariteños, merece una mención especial porque esa es la advocación fundadora en la Cueva de la Virgen. Tiene su santuario en la Iglesia de la población del Valle del Espíritu Santo en la isla de Margarita, estado de Nueva Esparta, en la región oriental del país (Fig. 3). La imagen allí venerada es un busto tallado de madera de unos cuatro metros de alto, sostenida sobre cuatro soportes. Lleva entre sus manos un rosario como si estuviera orando. Una corona de oro con incrustaciones de piedras preciosas y perlas le confiere una hermosura que deslumbra a los devotos. El origen de la imagen se remonta a 1530 y parece ser la imagen de la Virgen más antigua que existe en el país (García de Fleury, 1996b; Nectario María, 1986). Sus trajes y mantos, confeccionados con ricas telas, tienen bellos diseños, tejidos con hilos dorados, perlas y pedrería fina. Los devotos se los ofrecen como promesas, al igual que las joyas y demás adornos.

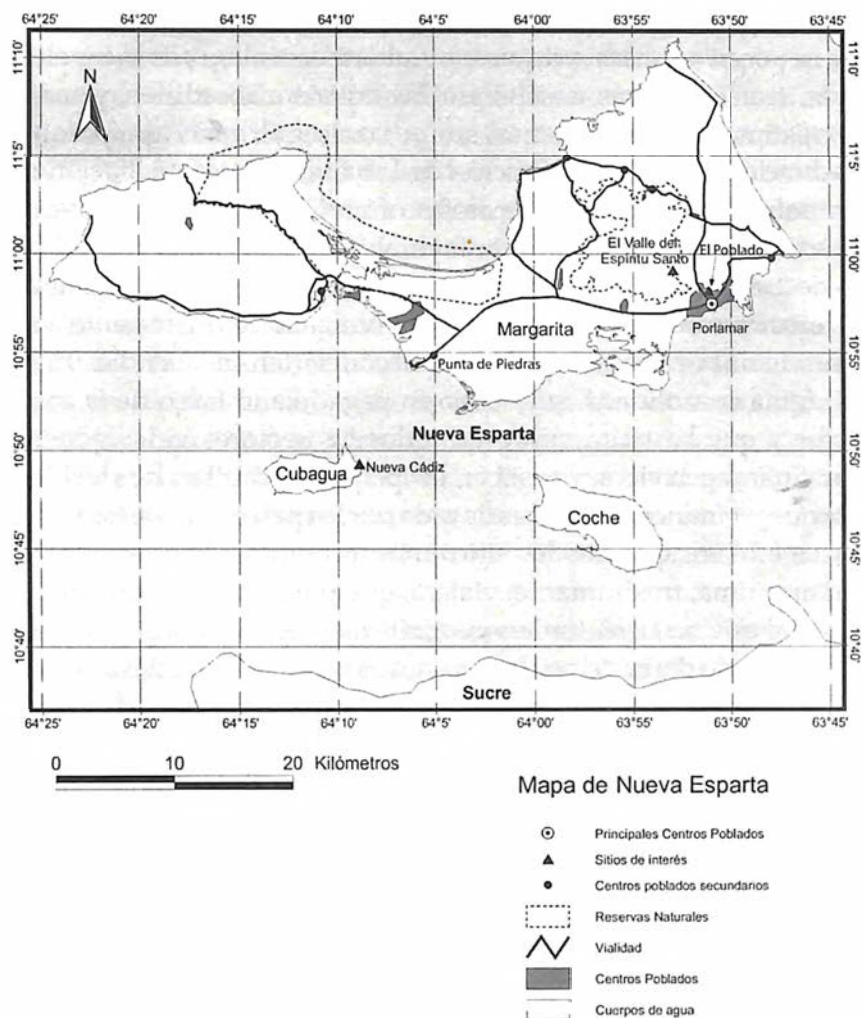


Fig. 3. Mapa de la Isla de Margarita.

La fe y la devoción que esta advocación inspira, se ha extendido entre pueblos y caseríos, a lo largo de toda la costa continental, entre Castilletes, en la Península de la Guajira y Punta de Playa, en el Delta del Orinoco (Fig. 2) y como es la Patrona de los pescadores artesanales, de los margariteños y de todo el Oriente de Venezuela, la devoción se ha difundido también a lo largo de la cadena insular (Suárez y Bethencourt, 2002). Se le atribuyen infinidad de favores

y milagros. En el Museo, anexo a la iglesia y construido en su honor, reposan valiosas reliquias, infinidad de milagritos o exvotos, joyas, trofeos, placas, reseñando los favores concedidos, y todos son testimonios de promesas, sea por conseguir una casa, por una graduación, por la recuperación de la salud o la reconciliación de un matrimonio. Se trata con estas ofrendas, de dar muestras de agradecimiento a la respuesta favorable que la Virgen concede, a las necesidades e inconvenientes que aquejan la vida de los fieles devotos. Sus milagros y favores son divulgados entre la gente, van pasando de boca en boca y algunos se convierten en leyendas. Tiene una fama consolidada que se ha propagado a lo largo de la costa caribe y que ha trascendido en todos los sectores vinculados al mar. Su imagen siempre está en las pequeñas capillas de pueblos, caseríos y caminos, porque es llevada por los pescadores artesanales en sus embarcaciones a los sitios más recónditos. Ella es una Virgen marítima, trashumante, viajera, que predomina en un ámbito regional que no tiene límites geográficos precisos, porque se trata de un espacio definido por las relaciones sociales, entre devotos que creen y tienen fe en sus ejecutorias de Patrona (Suárez, 2009). Al recorrer la costa y la cadena insular, la imagen aparece porque un pescador o un creyente la colocó en un promontorio frente al mar, en un saliente rocoso a la entrada de una bahía, o en una pequeña capilla en la que permanece arraigada en la tradición y la costumbre, sola o en compañía de otras imágenes religiosas. La fama de la Virgen del Valle la llevó a la Cueva de la Virgen en Chichiriviche. Ella es la advocación fundadora de ese Santuario dedicado a la Virgen María. Imbricadas como están en la conciencia social de los venezolanos, las distintas advocaciones marianas, dispersas por el territorio nacional, se volcaron tras la Virgen del Valle en una cueva natural, en una oquedad en la roca, en el Cerro de Chichiriviche y allí cada imagen en su nicho es venerada por devotos que expresan su fe y sus creencias ofreciendo promesas.

Las promesas

Una promesa es una combinación de dos actos: pedir un favor y ofrecer a cambio una retribución. El devoto en momentos de

crisis llevado por el apremio o la necesidad, pide ayuda, pide que se resuelva el problema, solicita fervientemente guiado por su fe, superar esa situación insoportable que lo atormenta, y a cambio ofrece cumplir con una ofrenda, que la persona dedica espiritualmente agradecida, al santo de su devoción o a la advocación de la Virgen que rige su vida. Pedir y ofrecer, para luego pagar, son los tres momentos de la promesa, van juntos, es una respuesta al desajuste, a la ansiedad, al temor.

Pero antes, en ese estado de desconcierto que trae consigo el infortunio, la persona, imbuida por cierta dosis de pragmatismo, busca en su interior la mejor decisión posible, es decir, aquella que le produzca mayor certidumbre. Tiene que escoger a quien se le pide y hacer el ofrecimiento de pagar esa deuda con un acto que, por lo general, supone una cuota de sacrificio: al hacer una promesa se contrae un compromiso al que no se puede faltar así cueste.

Una vez que la persona obtiene una respuesta espiritual favorable, pasa entonces a cumplir, porque las promesas hay que cumplirlas, retribuir las, no se puede vivir estando en deuda con un santo o con la Virgen. Se trata de un problema de conciencia, de devoción y de fe que solo se resuelve en un plano íntimo y personal.

La Cueva en el Cerro de Chichiriviche es un recinto repleto de promesas. Se pide por la salud, por los amores no correspondidos, por tener éxito en los estudios, por conseguir un empleo o por lograr cualquier propósito relacionado con la vida misma. Cada nicho, cada grieta, guarda una imagen. Se cuentan por decenas, y han llegado ahí, como resultado de retribuciones por favores recibidos. Presentarse en la Cueva con una imagen en la mano, asumiendo una actitud de respeto y buscarle un sitio donde ubicarla, ponerle flores artificiales, milagritos o exvotos, lazos de colores, una fotografía, una gorra o una medalla de graduación, son actos que suponen el pago por el favor concedido.

Si bien los favores son solicitados en el ámbito personal, cumplir la promesa es un proyecto familiar que involucra, además de los nexos de parentesco, relaciones de amistad en un ambiente

de convivencia. Llegar a la Cueva, supone una movilización desde uno de los embarcaderos turísticos de los alrededores, en lanchas o peñeros alquilados a un precio acordado entre el capitán y los pasajeros, para un traslado que no dura más de media hora. Se forman grupos de familiares y amigos que llegan en actitud de recogimiento a cumplir lo ofrecido. Además de las imágenes de la Virgen, las figuras de santos católicos y pequeños altares en honor a María Lionza, la deidad mestiza, expresión única de sincretismo religioso en Venezuela, han sido infiltrados por devotos que provenientes de localidades cercanas, expresan sus preferencias. La Cueva es así un espacio social de coexistencia con sus deslindes internos, entre la devoción a la Virgen María y a los santos católicos, y la devoción a María Lionza. La Cueva es por lo tanto, un lugar en el que la naturaleza ha cobijado expresiones religiosas características del venezolano, gracias a las creencias y la fe que sustentan las promesas.

El culto a María Lionza

Una de las manifestaciones religiosas paganas, más difundida en todo el territorio nacional, es el culto a María Lionza (Ascensio, 2007). Esta es una figura concebida como una divinidad, de apariencia indígena y española, por ser hija de un cacique, blanqueada en la creencia popular, por la imagen de una emperatriz francesa, según unos, o de una hermosa princesa española de ojos verdes según otros. Ella aglutina como mestiza que es, un poder absoluto porque es reina y guardiana de la naturaleza, diosa del amor y de la fortuna, de la fertilidad y de la femineidad. Es vista como una fuerza telúrica que cabalga desnuda sobre un tapir (*Tapirus americanus*), estrechamente ligada a la tierra y el agua. Es vista como una madre protectora, pródiga en amor y ternura, pero también puede producir tristeza y destrucción porque es portadora de muerte. El culto tiene así un carácter ambivalente (García Gavidia, 1987), las creencias acerca de su carácter sublime y trascendente, coexisten en las prácticas rituales, con las creencias en fuerzas malignas, misteriosas, que inspiran entre sus seguidores o súbditos miedos o temores, que al convertirse en pánico, producen en los creyentes estados anímicos de abatimiento y desolación. Es un culto que,

además de los elementos españoles e indígenas, aglutinó también creencias de religiones africanas y es por eso que en Venezuela es un ejemplo único de sincretismo religioso que pareciera estar en continuo movimiento (Bracho, 2004).

La mayor área de influencia del culto a María Lionza es en las montañas cercanas a la ciudad de San Felipe, en la región noroccidental del país (Fig. 2). En esas montañas abundan altares o panteones, en claros de la selva, a orillas de las quebradas o en la infinidad de senderos y caminos de uso peatonal. Un panteón es un conjunto de imágenes, organizadas espacialmente, de acuerdo a una jerarquía que establecen los devotos. Nichos de imágenes similares son llamados cortes y estas son unidades espirituales caracterizadas por un color y un atributo. Así, las cortes colocadas en la parte inferior son negras porque pertenecen a los espíritus de poca luz. En contraste, las imágenes colocadas en la parte superior corresponden a espíritus luminosos son cortes blancas y aquellas colocadas en posiciones intermedias son cortes rojas, formadas por indios o negros, consideradas las más rebeldes y agresivas. En la parte media del panteón son colocadas la corte Libertadora, presidida por la figura de Simón Bolívar y otros héroes de la Independencia y la corte Médica integrada por médicos de renombre en la historia de la medicina. La imagen de María Lionza preside el panteón colocada en el centro o en la cúspide. Desde ahí ejerce su predominio sobre las otras imágenes y suele estar acompañada por una pareja de hombres rebeldes que la escoltan a los lados: el esclavo es el Negro Felipe y la figura del indio que reposa a su izquierda, es el cacique de los indios teques y caracas llamado Guaicaipuro. Ambos personajes son conocidos en las historias locales porque tuvieron un carácter aguerrido y porque trataron de sustraerse a la sumisión que les imponía el poder español durante la Colonia. El panteón, en última instancia, es un homenaje que rinde el devoto o súbdito a la reina, a la diosa, a la madre, María Lionza, rodeada de sus dos acompañantes (Bracho, 2004).

Los panteones son erigidos de acuerdo a una creencia: se supone que los personajes allí presentes son espíritus que pueden manifestarse a través de un médium o materia que sirve de intermediario

entre María Lionza y sus seguidores. Este rol de médium puede ser asumido tanto por hombres como por mujeres que reciben el nombre de sacerdotisas. El trabajo de los médium consiste en ejecutar actos de posesión o trance. Cada médium tiene destrezas específicas, producto de un aprendizaje con un maestro de mayor jerarquía. Gradualmente, al adquirir experiencia, puede encarnar a los espíritus de su preferencia hasta llegar a desempeñarse como especialista en una corte determinada.

El acto de posesión modifica el estado psíquico del médium: su vida consciente se paraliza, para mostrar una personalidad diferente. Cuando el ente espiritual cuya imagen reposa en el altar, ocupa el cuerpo del médium, este se mueve, habla y gesticula adoptando tonos de voz que son propios del reemplazo. Cuando esto ocurre, el médium ha perdido su identidad, su voluntad, su razón, sus sentimientos y hasta su espíritu, para mostrar una personalidad que no es la suya, ante un público ensimismado de creyentes que escucha atentamente las indicaciones que profiere el espíritu encarnado, y que responde a las inquietudes e interrogantes de los presentes. El espíritu que se muestra en ese determinado momento, por lo general trae mensajes que van dirigidos a alguien en particular, quien debe pagar por esa consulta espiritual una retribución o dar una muestra de aprecio al médium (García Gavidia, 1987). En el ambiente de la posesión se deja sentir el olor penetrante del tabaco y del licor, porque ambos son instrumentos fundamentales para ejecutar el rito. Las sesiones tienen una duración que depende de la fortaleza del médium, ya que puede darse el caso que sucesivamente concurren y encarnen varios espíritus: los guerreros son violentos, los espíritus luminosos, apacibles. Pero todos, al manifestarse, suponen un desgaste de energía para el médium.

Para su buen desempeño, el médium cuenta con un asistente que le acompaña, que le sostiene, que disciplina a la audiencia. Es común que de repente se den incidentes entre los asistentes y a él le toca poner orden. Además, su papel es esencial porque dirige el ritual. Entre sus tareas le pide a los espíritus encarnados que se identifiquen. A fin de cuentas, la posesión es un estado alterado de la conciencia, en el que se produce un desdoblamiento y ocurre

una dramatización en la que el médium, apoyado en su asistente, adopta otra personalidad (Salas, 1997).

El culto de María Lionza, además de la posesión, conlleva otras dos áreas de prácticas rituales que son la adivinación y el curanderismo. A estas se suman las practicas propias de la hechicería, cuando las energías malignas son usadas por el intermediario para provocar daños al prójimo. Todas estas actividades se entrelazan en una dinámica que lo que trata de mostrar es el predominio absoluto de la diosa mestiza sobre todos los entes espirituales representados en el panteón, y esto ocurre, gracias a la autoridad suprema que ella ejerce sobre la naturaleza y el orden sobrenatural.

Desde su área de influencia, el culto a María Lionza se ha extendido a ciudades y pueblos de todo el país, donde los seguidores han armado panteones que reproducen las prácticas y rituales de la montaña. La imagen de María Lionza con sus acompañantes, en panteones de diferente tamaño, puede estar en cualquier parte, en el patio o en la habitación principal en una casa de familia, en un centro espiritual, en un terreno abandonado o en una cueva, como es el caso de la Cueva de la Virgen en el Cerro de Chichiriviche.

¿Porqué la Cueva y la Virgen?

Hace 5.500 años antes del presente, la región litoral del estado de Falcón donde se encuentra hoy la Cueva de la Virgen, estuvo habitada por poblaciones de cazadores, pescadores y recolectores marinos. Los extensos bosques de manglares en las lagunas, como fue el caso del golfete de Cuare, eran refugio de caracoles, bivalvos y de una gran variedad de peces y aves que les servían de sustento y que hacían posible una vida estable basada en la división del trabajo por sexos. Los hombres se especializaban en la pesca y la caza terrestre y las mujeres y niños se dedicaban a la recolección, no solo de especies marinas sino también de plantas comestibles y medicinales. Las herramientas eran hechas de piedra y las usaban como percutores, o para moler y triturar, también usaban conchas y caracoles para hacer raspadores y anzuelos. Este fue el comienzo de la transformación de las bandas semi-nómadas, en sociedades sedentarias que domesticaban

plantas y se arraigaban a la tierra para producir alimentos (Sanoja Obediente y Vargas, 2007).

Una de las características de los indígenas que transitaban por el cerro de Chichiriviche fue la capacidad de expresar sus ideas en petroglifos que quedaron grabados en las paredes de las cuevas. Una en particular, localizada en las inmediaciones de la Cueva de la Virgen, también en el golfete de Cuare, es la Cueva del Indio (Fig. 1). A la entrada de esta cueva hay un farallón que tiene una franja de petroglifos en el que aparecen figuras y rostros humanos, pequeños animales y soles, los cuales han sugerido que la Cueva del Indio era un centro ceremonial donde se desarrollaban ritos bajo la dirección de los piaches o conductores de la vida mágico-religiosa (Marrero, 2000).

Con la colonización española, el primer registro histórico de la zona data de 1499 cuando Alonso de Ojeda recorría la costa. La historia local cuenta que en esa época tuvo lugar un enfrentamiento entre españoles e indios en el que murió flechado un español, este fue enterrado en lo que es hoy Cayo Muerto, en las inmediaciones del golfete de Cuare (Rivero Montañés, 2007). El primer título de otorgamiento de tierras en propiedad en las sabanas de Chichiriviche data de 1594 (Copia fiel del original, 2003). De ahí en adelante la cronología de eventos históricos en una población costera dedicada al comercio, a la pesca, a la agricultura y a la cría de ganado es una rutina que se rompe en mayo de 1972, con la creación del Refugio de Fauna Silvestre de Cuare, declarado Humedal de Importancia Internacional en 1988. Es un área protegida que cubre una extensión aproximada de 12.000 hectáreas, y que ameritó, por sus características ambientales, la creación de un régimen de protección y conservación de la diversidad biológica y de los recursos naturales (Hernández Arocha, 2007).

Además de la Cueva del Indio y sus petroglifos, en la fachada que circunda la Cueva de la Virgen, hay un saliente en la roca con una imagen blanca que es un diseño natural que tiene precisamente la forma delineada de una Virgen. Los lugareños piensan que es la Inmaculada y la llaman «La Santita». Se trata de una formación rocosa que siempre ha estado allí, sin la intervención de la mano

humana, y que ha servido como punto de referencia para la navegación. Entre las grietas de las rocas, hacia los lados de la entrada de la Cueva de la Virgen, los visitantes han colocado decenas de imágenes religiosas que son resultado de promesas. Es preciso resaltar que la mayor parte, son figuras de la Virgen del Valle.

Tomando en cuenta entonces los antecedentes siguientes:

1. Que la Cueva del Cerro de Chichiriviche está ubicada en un sitio que ha tenido en sus cercanías expresiones ceremoniales representadas en petroglifos que se remontan a la época prehistórica y que en el pasado reciente, los riscos, nichos y grietas del farallón evocan y sirven de resguardo a imágenes religiosas.
2. La profunda vocación mariana de los venezolanos y la presencia a lo largo y ancho del territorio de la Virgen María en pueblos, ciudades, capillas, iglesias, hogares y caminos, y que la advocación de la Virgen del Valle se encuentra ampliamente difundida en la costa caribe venezolana y en la región insular.
3. Que el culto a María Lionza es también un conjunto de prácticas y creencias de suma importancia en la religiosidad del venezolano.
4. Que en Venezuela la promesa es una costumbre profundamente arraigada en el comportamiento religioso y una forma de expresar la devoción y la fe a la Virgen, a los santos católicos y a María Lionza, la deidad pagana.

Era de esperar entonces que el interior de la Cueva de Chichiriviche se convirtiera en un espacio sagrado donde se fueron acumulando infinidad de imágenes traídas por los devotos como promesas. Cuentan que en la década de 1940, hubo una primera imagen de la Virgen del Valle llevada allí por un devoto agradecido que pudo ser un pescador artesanal o un visitante ocasional, y ese fue el comienzo que marcó la pauta seguida por los devotos que vinieron después llevando imágenes de los santos católicos y de María Lionza y sus dos acompañantes: el Negro Felipe y el indio Guaicaipuro (Rivero Montañés, 2007).

Es así como una cueva que se fue labrando durante siglos en un cerro situado en la costa litoral caribeña, ha servido desde mediados

del siglo XX de abrigo a la fe y a la devoción que siente el venezolano por la Virgen María y en particular, a la advocación de la Virgen del Valle, Patrona de la Isla de Margarita, del Oriente de Venezuela y de los pescadores artesanales que recorren esa costa en busca de capturas, al igual que al sincretismo religioso que fundamenta la creencia y la devoción en los poderes sobrenaturales de María Lionza.

El encuentro de los símbolos

«La cueva ahorita es una invasión de imágenes. En un principio, por ahí en 1940 cuando llegó la primera imagen de la Virgen del Valle como una promesa, este era un sitio sagrado, le ponían velas, le hacían una procesión marítima, el día de su fiesta el 8 de septiembre, paseándola en los botes de los pescadores por los alrededores. Todavía hacen esa procesión en su honor, viene mucha gente que trae velas y más imágenes que son promesas. Esa cueva siempre ha sido un sitio de recogimiento espiritual, pero tiene sus infiltraciones profanas, no son muchas, pero están, y no puedo precisar desde cuando, quizás por ahí en los años 60, pero lo que sí es cierto, porque yo estaba pequeño, es que fueron metiendo las imágenes de María Lionza después que se asentó la Virgen.

Hubo un cura, hace como diez años, que las eliminó por completo y le puso por nombre «La Cueva de la Virgen de la Roca», yo hasta protesté por ese cambio, pero de nada valió y a él tampoco le sirvió de mucho, porque la gente siempre habla de «La Cueva de la Virgen». Después que se fue el cura, por iniciativa de la gente creyente, regresaron las imágenes de María Lionza, creo que no pasan de seis con sus acompañantes, el Negro Felipe y el Indio Guaicaipuro y se siguió dando, como hasta ahora, la convivencia con la Virgen del Valle. Ella y otras advocaciones están ahí por todos lados, ¡más de cien quizás! En esa cueva la gente tiene la oportunidad de rezar, orar, de hacer peticiones y de pagar sus promesas. Es cierto que fuman tabaco y por ahí se ven botellas de cerveza, pero no hay prácticas de espiritismo, ni de brujería, no se atreverían». (Rivero Montañés, 2007).

La Cueva de la Virgen es un observatorio, es un escenario donde se entretejen filigranas de creencias y devociones ante la mirada de

asombro del visitante desprevenido. El interior, con su penumbra que emana de la roca húmeda, está ungido por un silencio reverencial impuesto por el conglomerado de imágenes que allí coexiste en un ambiente de misterio, de cosa secreta, que irreductiblemente se originó en la historia. La cueva es un espacio simbólico, construido a partir de dos vertientes que se unieron en una modalidad de mestizaje cultural, característico del pensamiento religioso de los venezolanos: por un lado, la herencia del colonizador español que trajo consigo la religión católica y la devoción por la Virgen María y los santos, por el otro, la herencia indígena y africana que impulsaron el culto de María Lionza. El mestizaje cultural se hace presente en el culto de María Lionza, porque en el mito originario, se fundieron creencias indígenas y españolas. Luego, se fueron incorporando creencias y ritos africanos. En los portales o altares, a los grupos de espíritus afines o cortes, representando personajes históricos que son objetos de culto, tales como la India, Negra, Vikinga, Médica, Libertadora o Malandra, desde la década de 1960 se sumaron las deidades de la santería cubana con el nombre de Corte Africana donde están reunidas las siete potencias de la religión Yoruba (Ascencio, 2007). En esa amalgama de creencias, a las energías benignas que entran en juego y que son oficiadas por los médium o materia, guías espirituales u oficiantes en los distintos ritos, se fueron integrando energías malignas para hacer daños a terceros y que son practicadas por brujos o hechiceros (Bracho, 2004).

La Virgen María y María Lionza conviven en la cueva y son el sustrato de relaciones sociales que generan el control social de lo bueno y lo malo en el comportamiento de las personas. En el espacio físico delimitado por la cueva, las imágenes de María Lionza y sus dos escoltas están ahí rodeadas de respeto y aceptación, y pudieron infiltrarse llevadas por las promesas de los creyentes, en un ambiente que pertenece a la Virgen María, de ahí el nombre para «La Cueva de la Virgen», porque esa es la imagen que predomina junto con los santos católicos que la acompañan. Ella está allí como anfitriona, en espera del devoto visitante que entra a la cueva. Ella está en las grietas y los nichos dejando sentir toda su fuerza celestial en esa oscuridad que el tiempo, el viento y el mar labraron en la roca. Es un espacio

que le ha sido ofrecido como santuario por el marianismo que caracteriza el comportamiento religioso del venezolano. Ahora bien, la Virgen María y María Lionza, conjuntamente, forman parte del pensamiento simbólico de los creyentes. Los símbolos son representaciones de ideas, forman parte de la vida diaria y permiten a la persona expresar su subjetividad y reforzar sus creencias. Por medio del simbolismo es posible mantener una continuidad entre el pasado y el presente, es una vía para hacer perdurar tradiciones y creencias. Detrás de un símbolo subyace una representación visual que hace posible que la persona haga suya una idea compartida por una colectividad, por un grupo social (Todorov, 1992) y que en el caso de la cueva, ese grupo lo forman los seguidores, los creyentes. Y es precisamente esa circunstancia la que impulsa el poder que los símbolos ejercen sobre los devotos que visitan ese recinto. Las imágenes de la Virgen María en todas sus advocaciones son la representación simbólica del bien, se trata de una bondad suprema, porque es la Madre de Dios y Madre Nuestra. Resguardada en su cueva, se sale de ese recinto como Patrona de colectividades y cubre el territorio nacional con su manto, llegando hasta los más alejados lugares, infundiendo a las personas que son sus devotos, esa noción del bien que calma y apacigua temores, que provienen de la desventura e infortunio que son constantes en el desempeño del ser humano. María Lionza buscó sitio bajo ese manto celestial, y si bien es también representación del bien, conlleva en su concepción y actuación una dosis de maldad. Es un culto ambivalente porque en las creencias y prácticas se da una oposición donde el mal se manifiesta como una carga temible, por los poderes ocultos, secretos, impregnados de misterio que pueden ser usados para hacer daño. Esas fuerzas del bien y el mal, siendo este último el recurso que tiene el hombre para vengarse de la sociedad, y que están presentes en el simbolismo dual adscrito a la Cueva de la Virgen, pertenecen a la vida misma y regulan el comportamiento social, como opuestos que son en el pensamiento lógico y afectivo. Esa dualidad ambivalente recuerda un humanismo que hace de la persona un ente moral, capaz de acercarse sin urgencias al mundo de las incertidumbres.

El mestizaje en la cueva

No es la primera vez que las imágenes conmueven el espíritu y producen la reflexión que nutre la ideología del mestizaje entre las poblaciones caribeñas. No es tampoco la primera vez que aflora el papel que la imagen ha ejercido entre las sociedades locales, desde el siglo XVI, con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Porque la imagen fue y sigue siendo una herramienta imprescindible en la cultura religiosa que trajeron los europeos al continente americano. Pero esas imágenes no se quedaron solas. Desde la época de la Colonia con la inmigración africana comenzaron a implantarse creencias y devociones que a lo largo de los siglos se fundieron con las españolas y con las aborígenes, creando un mestizaje que en el caso de Venezuela tiene matices muy particulares: es un país en el que hoy se ha instaurado una democracia racial cuyo sustrato es la suma de los tres mestizajes: el biológico, el cultural y el ideológico.

El mestizaje biológico se fraguó a partir del amancebamiento entre españoles e indias, un hecho que no tuvo restricciones, porque la conquista y colonización fue una empresa masculina en la que escaseaban las mujeres y el español no tenía trabas étnicas para cohabitar con indias y negras (López, 1999).

En los predios de las haciendas era común que los españoles tuvieran hijos de las esclavas. Con todos estos cruces que se fueron intensificando libremente durante la época colonial, se fue desarrollando una sociedad multirracial en la que nacían por centenares de miles, mestizos, castizos, mulatos, zambayos, cambujos, barcinos, coyotes, salto atrás, moriscos, jíbaros, zambos, chamizos y otros, voces que fueron utilizadas para distinguir las infinitas posibilidades de descendencia resultante de los apareamientos entre españoles, indios y negros (Viloria Vera, 2005). Pero a finales de la Colonia estas distinciones se habían desvanecido, fundidas en un conglomerado social donde predominaba una población mestiza. Más adelante, en el siglo XX, esa población mestiza se convertiría en un crisol multicolor por lo que Venezuela ha sido descrita como un país pardo (Moreno Gómez, 1987) o de piel color café con leche (Wright, 1990). En nuestros días, en la población venezolana hay distinciones entre blancos, catires, morenos o pardos, trigüeños, negros e indios, estos

últimos son una minoría, pero la gente percibe dos grupos sociales. Uno es blanco y el otro mestizo, con la particularidad que caracteriza la esencia del venezolano, que están diseminados por todo el país e infiltrados en todas las clases sociales gracias a tres factores que son impulsores de la movilidad social: el acceso a la riqueza, al poder político y a la educación (Bolívar y otros, 2007). El país es así una amalgama mestiza, cuyos colores se aclaran o se oscurecen en una infinita variedad de matices en el color de la piel.

En lo que concierne al mestizaje cultural, este tiene antecedentes históricos que se remontan a un comercio de esclavos que comprendió tres etapas:

1. La primera, entre 1500 y 1600, se caracterizó por la llegada de negros nacidos en España que fueron traídos por los conquistadores para someter a la población aborígen y trabajar la tierra. Junto con estos negros llamados también conquistadores, los españoles trajeron por la fuerza esclavos de África, a trabajar en las minas y en la explotación de perlas.
2. La segunda, entre 1700 y 1780, estuvo caracterizada por la importación de esclavos que provenían de otras colonias de América y del Caribe, para trabajar como mano de obra en las haciendas de cacao en el centro y norte del país. Ante el florecimiento de la economía agrícola, los hacendados tuvieron que importar enormes contingentes de esclavos, y traer entonces una mano de obra que hablaba español y había sido bautizada y que salía mucho más barata que los esclavos traídos de África. Esta mano de obra incluía artesanos, carpinteros, agricultores y muy importante, curanderos y brujos, maestros en las artes de la magia y la religión de origen africano.
3. La tercera, entre 1780 y 1850, la mano de obra provenía del comercio local entre hacendados y eran esclavos nacidos en el país.

En consecuencia, la pequeña proporción de esclavos provenientes de África, los esclavos traídos masivamente de otras colonias americanas, y el contingente de negros esclavos nativos adquiridos localmente, dio como resultado que el régimen esclavista tuviera

un sustrato sumamente heterogéneo, a diferencia de otras colonias en las que el origen de los esclavos era más uniforme.

A esta circunstancia se sumó, que el régimen esclavista en Venezuela tuvo ciertos rasgos que lo tipificaron y distinguieron de otros contextos hispanoamericanos. Hasta mediados del siglo XVII, el control de la economía mercantil y de los esclavos estaba en manos de los sacerdotes católicos por encargo de la Corona española, pero con la privatización de la tierra, al recibir los conquistadores, por sus merecimientos, derechos de propiedad sobre los territorios conquistados, la Iglesia católica perdió su hegemonía y como la situación económica de los sacerdotes se hizo precaria, tuvieron que permitir a la mano de obra esclava la creación de hermandades y cofradías, para cobrarles impuestos por el derecho a reunirse, y conseguir así algún ingreso para las arcas de la Iglesia. Además, esclavos ilegales traídos de contrabando para evadir el pago de impuestos se integraron, en el trabajo de las haciendas, a los legales, y entre todos formaron un conglomerado social que difícilmente podía ser sometido a un rígido control por parte de los amos debido a la gran extensión de las plantaciones. Para que no escaparan y mantenerles como mano de obra, los dueños tuvieron que ceder a los esclavos porciones de tierra o pequeños conucos en los linderos de las haciendas para cultivos de subsistencia y la cría de pequeños animales domésticos. Era una manera de asegurarse la presencia y continuidad de una fuerza de trabajo, que localizada en los confines de la propiedad, aumentaba con el crecimiento de las familias, y como esos asentamientos escapaban a la vigilancia permanente de los amos, los esclavos podían desarrollar una vida comunal, respaldada por los nexos solidarios y de apoyo mutuo, entre los miembros de hermandades y cofradías, en las cuales curanderos y brujos fortalecían creencias y devociones. No obstante, los márgenes de libertad, y el desarrollo de una vida social propia, se producían alzamientos y huidas, que terminaban en las montañas donde los esclavos fugados de la sujeción de los amos, se unían en asentamientos ilícitos o cimarroneras, que al adquirir permanencia en el tiempo pasaron a ser cumbes o caseríos más estables en los que se desarrollaban también fuertes lazos de apoyo solidario y sin

restricciones, sus integrantes animados por sus creencias, podían practicar los rituales de origen africano. Durante el siglo XIX, a medida que el régimen esclavista se resquebrajaba, la ley de abolición de la esclavitud en la historia de Venezuela data del 24 de marzo de 1854, las creencias y prácticas religiosas de origen africano se fueron saliendo de los linderos de las haciendas y de los cumbes. Se difundieron a lo largo del territorio, pero no se debilitaron ni llegaron a extinguirse, sino que adquirieron una fuerza inusitada al combinarse y fundirse con las creencias y devociones derivadas de las enseñanzas del catolicismo y los elementos indígenas que sobrevivieron la conquista y la colonia, dando origen a nuevas interpretaciones y significados, en un proceso de mestizaje cultural tan intenso y persistente como lo fue el mestizaje biológico.

La heterogeneidad del régimen esclavista, el libre albedrío que tuvo el esclavo en las haciendas para mantener sus creencias y la abolición definitiva de la esclavitud fue el trasfondo histórico que hizo posible la participación activa de los afro-venezolanos convertidos en patriotas, en la Guerra de la Independencia y si a este hecho se suma la secularización de la sociedad nacional, el progreso de la medicina y de los estudios médicos universitarios en la Facultad Médica de Caracas, la confiscación de las plantaciones y la redistribución de las tierras a raíz del conflicto independentista, es explicable que se produjera el blanqueamiento, según el cual, los mestizos asumían los roles de los blancos, podían ser dueños de tierras, adquirir educación, tener figuración política, adquirir bienes de fortuna y ascender libremente por la pirámide social. Todos estos factores se combinaron, se entrecruzaron en una interacción histórica que produjo como resultado la instauración de una democracia racial típica de la sociedad venezolana, según la cual los descendientes de los esclavos negros que se asentaron en la Provincia de Venezuela, bien sea de África o de las islas caribeñas, no constituyen de ninguna manera en la Venezuela contemporánea grupos étnicos o minorías (Bermúdez y Suárez, 1995). No obstante, la pirámide social venezolana es tremendamente desigual no por el color de la piel, sino por la distribución de la renta. En la cúspide, están ubicados los ricos, en la base los pobres de la ciudad y del campo, en el medio en

orden descendente, los nuevos ricos, la clase media en ascenso y la modesta clase media (Briceño León, 1992). En esta tipología, simple pero explicativa, era de prever que las desigualdades se agudizaran con los cambios ocurridos en la historia reciente, de manera que las clases sociales se definieron aún más ajustándose a una situación general de empobrecimiento debido a las limitaciones que la gestión pública ha impuesto a la sociedad venezolana para tener acceso a la riqueza y al bienestar (Ugalde et al, 2007)).

El mestizaje ideológico esta imbricado en el mestizaje biológico y cultural (Bjord Castillo, 2008). En la suma del pensar venezolano, desde Simón Bolívar, quien afirmó en la Carta de Jamaica y en el Discurso de Angostura que los venezolanos son una especie nueva que no es aborigen, ni española, ni africana, hasta los más ilustres personajes de la historia y la literatura, tales como José Gil Fortoul, Mario Briceño Iragorry y Arturo Uslar Pietri, entre otros, se muestra una constante que define la ideología del mestizaje: los venezolanos son un nuevo tiempo, tienen una esencia mestiza en la mente, en la cultura y en la vida social (Suárez, 2008). En consecuencia, un país mestizo, como es el caso de Venezuela, es el escenario ideal para que se produzcan sincretismos o procesos de reinterpretación de creencias, prácticas rituales y devociones. La Cueva de la Virgen es un reflejo de esa sociedad mestiza, es un espacio donde se fusionan y coexisten creencias y prácticas rituales propiciadas por el sentimiento, la fe y la devoción, rasgos predominantes en el comportamiento religioso de los venezolanos.

Bibliografía

- Ascencio, M. 2007. *Las diosas del Caribe*. Editorial Alfa, Caracas.
- Barreto, M. 1997. *Aspectos funcionales del bosque de mangle en el Refugio de Fauna Silvestre Cuare, Venezuela*. Tesis de Doctorado, Universidad Central de Venezuela, 174 páginas, Caracas.
- Bermúdez, E. y Suárez, M.M. 1995. «Venezuela». En *No longer invisible: Afro-Latin Americans Today*, Minority Rights Group Publications, pp.243-269, London.
- Bjord Castillo, H. 2008. «Perspectivas de una lectura postoccidental de estudios lingüísticos coloniales». Discurso de incorporación como Individuo de Número a la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, Palacio de las Academias, Caracas.

- Bracho, E. 2004. *María Lionza en Venezuela*. Colección en Venezuela, Fundación Bigott, Caracas.
- Briceño León, R. 1992. *Venezuela: clases sociales e individuos*. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, Caracas.
- Bolívar, A. y otros. 2007. «Discurso y racismo en Venezuela: 'un país café con leche'». En *Racismo y Discurso en América Latina*, Coordinador Teun A. Van Dijk, pp.371-423, Barcelona.
- Copia Fiel del Original. 2003. Documento de otorgamiento de tierras por el Capitán Juan Arteaga, en la ciudad de Coro, el 27 de agosto de 1594. Biblioteca de Ramón Rivero Montañés, Cronista Municipal.
- Fleury de García, M. 1996a. *La Virgen de Coromoto: Patrona de Venezuela*. Editorial Panapo de Venezuela C. A., Caracas.
- Fleury de García, M. 1996b. *La Virgen del Valle: Forjadora de la identidad del oriente venezolano*. Editorial Panapo de Venezuela C. A., Caracas.
- Fleury de García, M. 2008. «Presencia de la Virgen María entre los habitantes de Venezuela». Revista Kerigma, Año 9, (26), 19-21.
- García Gavidia, N. 1987. *Posesión y ambivalencia en el culto de María Lionza*. Universidad del Zulia, Maracaibo.
- Hernández Arocha, A. 2007. «Espacios naturales protegidos». En *Geo-Venezuela 2*, Fundación Empresas Polar, pp.616-683, Caracas.
- López, J. E. 1999. *La emigración desde la España Peninsular a Venezuela*. Tomo I, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, Caracas.
- Marrero, M. 2000. *Chichiriviche: Primer pueblo fundado en Tierra Firme*. Editorial La Escarcha Azul, Valencia.
- Méndez Baamonde, J. 2007. «Costas, litorales del Caribe y del Atlántico, islas y archipiélagos. Las profundidades marinas». En *Geo-Venezuela 2*, Fundación Empresas Polar, pp.184-237, Caracas.
- Moreno Gómez, L. 1987. *País pardo*. Talleres Cromotip, Caracas.
- Nectario María, Hno. 1986. *La Virgen del Valle de Margarita: un gran santuario mariano de Venezuela*. Talleres Gráficos del Congreso de la República, Caracas.
- Rivero Montañés, R. 2007. Cronología histórica de Chichiriviche, estado de Falcón, manuscrito inédito y comunicación personal en entrevista realizada el 7 de julio de 2007 en Chichiriviche, estado de Falcón.
- Rodríguez, J. P. y Rojas-Suárez, F. 2008. *Libro rojo de la fauna venezolana*, Provita, Fundación Polar, Caracas.
- Salas, Y. 1997. Comunicación personal en entrevista realizada en el 27 de agosto de 1997 en Caracas.

- Sanoja Obediente, M. y Vargas I. 2007. «El legado territorial y ambiental indígena prehistórico e histórico». En *Geo-Venezuela 1*, Fundación Empresas Polar, pp.76-128, Caracas.
- Suárez, M.M. y Bethencourt, C. 2002. *La pesca artesanal en la costa caribe de Venezuela*. Fundación Bigott, Caracas.
- Suárez, M.M. 2008. «Mestizaje». En *La suma del pensar venezolano*. Fundación Empresas Polar, (en prensa).
- Suárez, M.M. 2009. «Ámbitos regionales: geosímbolos religiosos». En *Geo-Venezuela 8*, Fundación Empresas Polar, capítulo 66, 320-348, Caracas.
- Tapiquen, E. et al. 2008. «Refugio de fauna silvestre de Cuare. Cartografía digital básica de las áreas naturales protegidas de Venezuela: parques nacionales, monumentos naturales, refugios de fauna, reservas de fauna y reservas de biosfera». Versión 1.0, CD ROM y en-línea, Centro Internacional de Ecología Tropical (CIET), Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC), Conservación Internacional Venezuela, UNESCO y Oficina Nacional de Diversidad Biológica del Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales (MARN), Caracas. En internet: <http://ecosig.ivic.ve>
- Todorov, T. 1992. *Simbolismo e interpretación*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- Ugalde, L. et al. 2007. *Detrás de la pobreza: percepciones, creencias y apreciaciones*. Asociación Civil para la Promoción de Estudios Sociales, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
- Viloria Vera, E. 2005. *El mestizaje americano*. Universidad Metropolitana, Centro de Estudios de Iberoamérica, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, Caracas.
- Wright, W. R. 1996. *Café con leche: Race, class and national image in Venezuela*, University of Texas Press, Austin.